



Imagen: Allison Grijalva

La otra posmemoria. Arte para la verdad, justicia y reparación, desde la perspectiva de descendientes de perpetradores.

Violeta Alarcón Zayas y Luis Olano Ereña

La memoria de los pueblos que sufrieron violencia estatal masiva está secuestrada, y se recupera costosamente mediante fragmentos de relatos inconexos y recuerdos confusos, navegando sin rumbo entre testigos amnésicos y transterrados, amenazas mudas, fantasmas de desaparecidos y documentos huérfanos. Hablar de memoria nos sitúa en un diálogo constante entre el pasado y el presente, como un reflejo en el agua o un eco que nos dice quiénes fuimos, quiénes somos y quiénes queremos ser como humanidad.

Habitamos un presente esquizofrénico en el que se ha banalizado y distorsionado el término “nazi”, donde apologetas y responsables de genocidios y torturas masivas recurren al lenguaje de los derechos humanos para victimizarse. Asistimos atónitos al regreso de grupos políticos partidarios de regímenes dictatoriales. Genocidas impunes en sus países de origen son juzgados, con escaso éxito y mucho sufrimiento por parte de víctimas y sus familias, en países extranjeros en nombre de la justicia transicional, mientras que otros que ya fueron condenados, buscan con cada vez mayor rédito, una exoneración de su pena. Miles de desaparecidos permanecen sepultados en fosas comunes mientras los perpetradores siguen sin rendir cuentas ante nadie, permitiendo que sus herederos se beneficien de los frutos del expolio y la violencia extrema causadas por los que otrora fueron autoridades civiles y militares, funcionarios y soldados, de estados que hoy se denominan democráticos. Los dilemas éticos que nos plantean estos sucesos ahondan en las preguntas y heridas que quedan abiertas en nuestra historia reciente.

Desde que decidimos coordinar el presente volumen han pasado más de dos años. Meses después de redactar el *call for papers* comenzó la más atroz campaña de matanzas de civiles y destrucción de hospitales, colegios, bibliotecas, universidades y carreteras por parte del ejército israelí contra la población palestina en Gaza y Cisjordania, azuzada por llamadas al exterminio total de su población por parte de miembros del gobierno. En tanto investigadorxs, hemos considerado que resultaría incoherente no referirnos a cómo estos hechos nos interpelan tanto a nivel afectivo, como moral e intelectual. Mientras el estado de Israel está siendo juzgado por genocidio en la Corte Internacional de Justicia, presenciamos con perplejidad e impotencia cómo la impunidad y la desmemoria permiten sus crímenes con una complicidad internacional casi total. Se trata ya no de violencias silenciadas, sino visibles desde casi cualquier lugar del planeta mediante la viralización digital de las imágenes de masacres y destrucción, capturadas no solo por las víctimas a modo de denuncia, si no

por los propios victimarios que exhiben orgullosos los cuerpos deshumanizados de cadáveres y prisioneros. Como afirma Rita Segato, estamos ante un cambio de era pues el poder de muerte se exhibe sin pudor. Parece como si el paradigma hubiera cambiado para siempre mientras el recuerdo del trauma del Holocausto pierde su carácter universal y se utiliza con fines políticos que justifican nuevos crímenes contra la humanidad. En este sentido, Francesca Albanese, relatora especial de la ONU para los Territorios Palestinos Ocupados advierte que la carta de los Derechos Humanos ha dejado de tener vigencia. Esta situación implica, para lxs coordinadorxs de este monográfico, prácticamente la imposibilidad de hablar hoy de justicia, verdad, reparación, garantías de no repetición, derechos humanos, derecho internacional o medidas de prevención del genocidio, temas todos ellos que se repetirán a lo largo de las próximas páginas.

Sorprende también constatar cómo a partir del 7 de octubre de 2023, el campo de estudios del Holocausto, perpetradores, genocidios, violencias y crímenes de masas se ha roto, al ser muchxs lxs autorxs, revistas y organizaciones que se muestran absolutamente incapaces de elaborar un discurso coherente con su supuesta misión y formación en memorias, traumas, derecho internacional y derechos humanos. La derechización del campo de la memoria afecta no sólo al estado de Israel y sus instituciones académicas. Una búsqueda rápida del sintagma “crisis de los estudios de Holocausto y genocidios” en las bases de datos de las principales publicaciones del campo o en la prensa digital de prestigio internacional arrojará suficientes luces al respecto. En Argentina se ha privado de financiación a organizaciones, centros de investigación y lugares de memoria. En EEUU se ha perseguido a universidades enteras y multitud de estudiantes e investigadores han sido detenidos e incluso deportados a causa de su participación en protestas o declaraciones en contra del etnocidio en Gaza. En Alemania se han cancelado actos públicos académicos con el fin de censurar toda expresión por parte de personas palestinas, se ha detenido a personas solidarias con Palestina o críticas con su guerra de aniquilación en Gaza y su política de apartheid en Cisjordania y el Este de Jerusalén. Muchas de estas cancelaciones han recaído sobre académicos judíos, como es el caso de dos voces que quisimos invocar como marco discursivo de nuestra propuesta de monográfico: Marianne Hirsch y Michael Rothberg.

Este infame y desolador contexto nos remite a las reflexiones de Adorno sobre la paradoja que se produce entre la inconmensurabilidad del sufrimiento de víctimas inocentes en un plan de deshumanización y exterminio planificado, y el deber ético implícito en el arte y la literatura de evitar el olvido. Desde este posicionamiento, hemos querido poner el foco en un conjunto de voces de activistas y/o artistas que se desafían de los legados de sus parientes victimarios y se adscriben a un movimiento social de elevado significado político y ético comprometido con el “nunca más”. Este movimiento de descendientes de perpetradores, surgido en Argentina en 2017 y que se autodenomina “Historias Desobedientes: Familiares de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia”, se nos presenta como un logro de las

luchas promovidas por las víctimas y sus herederxs, activistas de la memoria y organizaciones de derechos humanos. Cuando nos planteamos la publicación de este monográfico nos emocionó conocer la expansión del movimiento Historias Desobedientes al Estado español (que ya había dado el salto a Chile, Uruguay, Paraguay, El Salvador y Brasil), donde los crímenes de la dictadura y la transición siguen impunes y hasta ahora no ha habido, pese a la reciente aprobación de la ley de Memoria Democrática, un proceso de reparación para las víctimas en ausencia de cualquier medida de justicia transicional. El movimiento Historias Desobedientes es único en su especie. Pese a que ya hubo experiencias similares por parte de descendientes de nazis, y de miembros de los aparatos represores de las dictaduras del cono sur, y contamos con numerosos ejemplos literarios o audiovisuales que lo atestiguan, hasta ahora no se había expresado la voluntad común de herederxs de victimarios para organizarse en el desafío y transgresión del mandato familiar en torno a los “pactos de silencio”, abriendo así un “nuevo ciclo de memoria”.

En un principio, por su pertinencia y relevancia en los campos de estudio en los que trabajamos, los conceptos de posmemoria de Marianne Hirsch y el de sujeto implicado de Michael Rothberg, nos han servido de marco y eje vertebrador. Pese a que fue concebida para abordar la transmisión transgeneracional del trauma experimentado por las víctimas a una segunda generación, alejada temporalmente de los crímenes, a través de productos culturales tan variados como literatura, prensa, cine, televisión o relatos y álbumes familiares y documentos privados, creímos pertinente emplear la noción de posmemoria extendiéndola a descendientes de victimarios. Estas nuevas voces conectan con el trauma de las víctimas, se avergüenzan del legado familiar y sienten la responsabilidad de responder en la esfera pública ante los crímenes de sus parientes para hacer justicia. No obstante, conviene revisar esta caracterización en base a las críticas que ha recibido. Por un lado, la posmemoria ha sido cuestionada por circunscribirse solo a la transmisión intergeneracional directa y limitada a la familia, cuando las memorias no son compartimentos estancos e inamovibles, sino relatos flexibles y permeables que se transmiten y construyen desde redes complejas de relatos sociales mucho más amplios que el círculo familiar. El caso que nos ocupa es un ejemplo de que la transmisión del relato familiar de los victimarios a sus descendientes no basta para evitar que la memoria del horror y el sufrimiento se transmitan y sean heredadas por individuos de otras generaciones que no eran familiares de víctimas e incluso por familiares de los propios verdugos. Además, se ha observado la insuficiencia del concepto de Hirsch en la oposición que establece entre memoria directa y memoria mediada, puesto que la mediación no es exclusiva del trauma, sino que toda memoria se nutre de muchas perspectivas y en permanente fluctuación. Incluso aquella que se basa en una experiencia sensorial directa se construye en base a otros relatos o imágenes, y siempre se ve atravesada por nuestro presente, otros recuerdos y expectativas, nuestras y ajenas.

Por otro lado, el cuestionamiento del término posmemoria se ha basado principalmente en dirimir si realmente su elaboración y desarrollo atiende a una serie de necesidades de precisión conceptual en el campo o más bien a lo que Beatriz Sarlo ha llamado “inflación teórica”, tal vez motivada por la proliferación de artefactos culturales memorialistas. Atendiendo a estas limitaciones del concepto, hemos optado por hablar de “la otra posmemoria” para referirnos a descendientes de victimarios que participan en dicha proliferación de representaciones, discursos, debates públicos y productos culturales relacionados con la memoria histórica. Sebastiaan Faber ha propuesto los conceptos de “memorias filiativas” y “memorias afiliativas”, una diferenciación que nos resulta adecuada dado que las personas integrantes del colectivo Historias Desobedientes se desafilian, o bien a partir de una militancia consciente y una afiliación a las asociaciones de víctimas de la dictadura y organizaciones de derechos humanos, o bien a partir del efecto llamada que produce el propio colectivo.

Hirsch afirma que en el campo de estudios de memoria cada vez son más relevantes las memorias multidireccionales, o como ella prefiere llamarlas, memorias conectivas o comparadas. En este sentido plantea como algunas especialidades del área, al igual que determinados museos o lugares de memoria, privilegian casos de resistencias, resiliencias, supervivencias, movimientos internacionales de solidaridad, alegrías, etc., y cómo esto debería activar a otras disciplinas, como los estudios del Holocausto, a buscar historias alternativas, descentralizar la revictimización en el presente y frenar la explotación de la rememoración de experiencias violentas. De esta manera se podría evitar que una cultura de la conmemoración, con el objetivo originario de educar para evitar repetir el horror, pueda ser sacralizada e instrumentalizada hasta justificar políticas de exterminio bajo la coartada de la “seguridad permanente”, como está sucediendo en Gaza. Hay que tener en cuenta que muchas de estas violencias están realmente interconectadas por estructuras mayores: capitalistas, imperialistas, colonialistas, patriarcales, y por ello reivindicamos una ética de las memorias comparadas. Consideramos que ante la inminencia de grandes cambios geopolíticos nos encontramos en un momento de gran urgencia para reflexionar y repensar sobre las políticas culturales y educativas en torno a la historia reciente, así como los usos y significados de los lugares de memoria, como nos alerta la historiadora argentina Marisa González de Oleaga.

Quizás sea más adecuado para el asunto que aquí nos convoca el concepto de sujeto implicado propuesto por Michael Rothberg. El concepto de sujeto implicado fue acuñado principalmente para abordar la agencia de aquellas figuras intermedias entre el rol de espectadores (*bystanders*) y el de perpetradores, es decir, aquellos que no fueron responsables directos de los crímenes sino cómplices, subordinados o beneficiarios, como sería el caso de funcionarios, propagandistas o colaboracionistas. Respecto al asunto de la importancia de las memorias multidireccionales, Michael Rothberg en su texto *De Varsovia a Gaza* abordó

la complejidad de la intersección y conflicto de memorias en el contexto de una población que simultáneamente pertenece a la generación de la posmemoria del Holocausto, y a la par está estructuralmente implicada en el *apartheid* y la *nakba*. Por contra, la referencia a la implicación nos permite hablar del trasfondo ético, social y político y el posicionamiento subjetivo de cada una de lxs descendientes de victimarios que repudian los actos de sus familiares y tratan de hacer un uso justo de su vergüenza transformando la realidad con su testimonio ya sea en sede judicial, ya sea enarbolando una pancarta en la manifestación o desde las tablas de un espacio escénico. Están, por tanto, éticamente distanciadx de los espectadores y al desafiliarse de sus familiares represores, difícilmente pueden ser consideradx beneficiarixs de los regímenes que sostuvieron aquellos.

Las creaciones de lxs protagonistas del presente monográfico conforman una contramemoria, en tanto que se enfrentan a la construcción del relato oficial, además de al mandato familiar de silencio, alimentando seguramente una larga tradición artística con una clara función de acción política directa, pues son obras que cuestionan, impugnan, remueven y subvierten. Aunque no deja de ser un locus de enunciación incómodo, complejo y controvertido. En el encuentro que se produjo en un teatro de Madrid entre las integrantes de Historias Desobedientes de Argentina y Chile y sus primeras homólogas en España, Analía Kalinec nos contó como la primera vez que salieron públicamente en 2017 con la bandera del colectivo, con el lema “Historias Desobedientes: hijas e hijos de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia” fueron recibidas con reticencia, se les preguntó si eran hijas de genocidas, o si eran hijas apropiadas como es el caso de lxs bebés robadx e incluso hoy todavía les siguen avisando de que escriban correctamente la pancarta “para que no se malentienda que son hijxs de genocidas”. Este impulso de caminar no solo en contra del mandato familiar, sino también a contrapelo del imaginario social que no concibe la presencia de descendientes de perpetradores del lado de los derechos humanos, es muy significativo. Como también lo es el hecho de que este impulso haya tomado muchos aprendizajes del movimiento feminista, sin olvidar que la primera vez que Historias Desobedientes se hicieron oficialmente visibles fue durante la marcha del “Ni una menos” en repudio de las violencias machistas.

Abrimos así un espacio para indagar si arte, cine y literatura son herramientas idóneas para la reparación inmaterial de las víctimas de crímenes de lesa humanidad, violencias masivas y genocidios y para contribuir al afianzamiento de sociedades diversas, justas e inclusivas que aseguren con suficientes garantías que los crímenes que conocieron jamás deben volver a repetirse. Observando los relatos y creaciones que se analizan podríamos afirmar que la larga insistencia de víctimas y descendientes de víctimas ha conseguido movilizar el pensamiento y la creación rebelde tal y como las caracteriza Albert Camus. La rebeldía supone una responsabilidad desde el momento en que se niega a aceptar cualquier sistema injusto y de violencia sistémica debido a la aceptación de parentesco con toda la humanidad. Esta noción de universalidad de derechos frente a cualquier autoritarismo obliga a lxs rebeldes a

posicionarse del lado de las víctimas frente a los victimarios, independientemente de su origen o filiación. Desde esta perspectiva rebelde, el arte supone la capacidad de no sólo condenar un sistema de dominación, sino de crear otro mundo que todavía no es, esto es, de trazar un destino justo hacia el que dirigirse. En este caso, la posibilidad de acabar con las estructuras geopolíticas que sustentan la vulneración de libertades y derechos fundamentales junto a crímenes de lesa humanidad. Desde esta perspectiva, donde confluyen desobediencia y rebeldía, el arte tiene la capacidad de mostrar la artificialidad de los discursos que pretenden esencializar las asimetrías, las injusticias y la división político social que inscribe en los cuerpos la diferencia entre quiénes son merecedores de libertades y derechos, y quiénes no. El arte se despliega en defensa de un mundo donde la universalidad sea la base ética y moral para reivindicar los derechos de toda la población, haciendo que cualquier crimen suponga una afrenta para cualquier persona, independientemente de la relación con la víctima o el victimario.

Con estas premisas hemos propuesto indagar específicamente en el hecho de que muchxs integrantes del colectivo Historias Desobedientes hayan escogido la creación artística o literaria para tomar la palabra, nombrarse como hijxs desobedientes y subvertir los legados familiares, para contribuir a la construcción colectiva de una narrativa sobre el terrorismo de Estado y los represores de las dictaduras en Chile, Argentina, Uruguay y España. Las creaciones analizadas incluyen desde películas de no ficción autobiográficas, obras de teatro de ficción autorreferencial, hasta instalaciones inmersivas e intervenciones artísticas sobre monumentos y narrativas literarias.

Resulta relevante señalar que, entre lxs participantes en este monográfico, contamos con dos miembrxs activxs de Historias Desobedientes. En primer lugar, en *Cine de no ficción en primera persona hecho por victimarios: implicación subjetiva y dilemas éticos en la creación artística*, Lissette Orozco, junto a Ana Guglielmucci Oliva, reflexiona sobre las decisiones narrativas y estéticas, así como el impacto personal y social de los documentales autobiográficos *El pacto de Adriana*, de la propia Orozco, y *Bastardo. La herencia de un genocida*, de Pepe Rovano. En ambos largometrajes, una persona de la tercera o segunda generación interpela a un pariente sobre sus actos pasados y su implicación ética en el presente. Orozco y Rovano recurren a vídeos y fotos del archivo familiar para rememorar momentos de la infancia, ausencias, nostalgias y silencios. En *Bastardo* el punto de inflexión se produce cuando las imágenes de la infancia son utilizadas para provocar una respuesta al mostrarlas al padre. En *Adriana*, las imágenes fotográficas tienen un tratamiento fragmentado, difuso y errático, que simula la naturaleza selectiva y aleatoria de la memoria. Así, las fotografías de eventos de celebración familiar se mezclan con imágenes de Adriana como agente represora, lo que evidencia lo paradójico y contradictorio entre los afectos y las violencias. Así, el cine de no ficción en primera persona se convierte en herramienta de crítica y autoconocimiento para quienes heredan legados de terrorismo de Estado. Otro elemento común de estas obras, es

que nos sitúan en el contexto chileno trazando conexiones con las memorias públicas de la dictadura. En el caso de Orozco asistimos a un homenaje a Pinochet en el Teatro Caupolicán; en el caso de Rovano, la cinta arranca con la violenta represión policial durante el estallido social. De esta manera como espectadorxs tenemos presente la amenaza de la posibilidad del retorno de un gobierno autoritario ante el fracaso de las garantías de no repetición.

Pepe Rovano, la otra voz desobediente que participa en este dossier, analiza sus obras inmersivas de realidad virtual y aumentada *Memorial Rocas XR*, *Dignidad 360°* y *Espectrales*. En su artículo *Pluriversos de posmemoria. Las obras metaversales de Pepe Rovano* comenta la influencia que para él tuvo como artista, investigador y militante, el estallido social (Chile, 2019) que implicó una explosión de activismo urbano. Estos movimientos conciben el arte como dispositivos discursivos de cambio político, donde la autoría se diluye en el ente colectivo, desde la alianza de la corpo-política que reivindica Judith Butler en *Cuerpos aliados y lucha política*, donde se trascienden la individualidad y las identidades por unos derechos legítimos que retan las estructuras de injusticia y violencia sistémicas. En este contexto, Rovano describe el uso de los espacios artísticos callejeros como cuarteles de las guerrillas urbanas, lo cual se propuso retratar en una de sus instalaciones artísticas. Esta concepción activista justifica la elección de los recursos empleados por el artista chileno para sus creaciones sobre el legado traumático de la dictadura chilena: los dispositivos 360 y otros recursos virtuales multiplataforma en las reconstrucciones de espacios y testimonios históricos permiten una inmersión sensorial profunda, casi corpórea por parte del espectador-usuario. Cuando se entra en el campo de tortura, ya no se es unx mismx y tampoco la persona que fue torturada, se vive el horror en primera persona. Se trasciende el crimen concreto y se convierte en la vivencia de la vulneración universal de los derechos de cualquier persona en el propio cuerpo. Se promueve con ello una empatía que atraviesa todo tipo de fronteras temporales, epidérmicas, sociales, raciales, de género, etc. Rovano se plantea además una serie de preguntas: ¿Cómo interpreta, archiva y reconstruye memorias el hijo de un genocida de una dictadura en Latinoamérica? A causa de su filiación ¿tiene legitimidad para hablar sobre la recuperación de la memoria de los hechos ominosos del pasado reciente de su país?

Desde la creación teatral, Mariela Peller, investigadora especialista en memoria y género, nos habla sobre la responsabilidad e implicación de hijos y nietos en la reconstrucción de la memoria de un victimario con *Preguntas incómodas sobre el abuelo. Tercera generación, familia y dictadura en el teatro argentino contemporáneo*. En su estudio de la obra teatro *Pastor alemán* (2022) de Franco Maurizi, Peller analiza cómo los descendientes de segunda y tercera generación investigan y descubren, a la par que el público, quién fue el abuelo, mientras los actores se interpretan a sí mismos, al abuelo y a otros familiares en diferentes épocas. Se trata de desentrañar la herencia del abuelo, que se les mostró siempre como artista, ocultando que fue policía y adiestrador de perros en el Operativo Independencia en el Monte Tucumano durante la dictadura. Peller explica el modo en que los nietos reflexionan

sobre cómo se ven afectadas y transformadas la memoria y la propia identidad a través de recuerdos, silencios, testimonios, fotografías y otros documentos. La obra adopta un posicionamiento de responsabilidad ético-política respecto al pasado, a la vez que indaga en zonas complejas y duales de la memoria y la identidad, de las interpretaciones maniqueas de los perpetradores.

Otra perspectiva importante a tener en cuenta en el fenómeno de la desobediencia, es la feminista. Desde aquí Mariela Peller ha abordado en numerosas publicaciones el tema de las hijas y ex-hijas de represores que reniegan de los actos criminales cometidos por sus padres, introduciendo conceptos como “uso justo de la vergüenza”, “hijas aguafiestas” o “memoria impura”. Resulta de especial relevancia, como también se muestra en su análisis de *Pastor alemán*, la preponderancia de la línea de poder patriarcal y las consecuentes violencias internas en las familias de represores, y cómo ello afecta y explica en gran medida el hecho de que la mayoría de las integrantes del colectivo Historias Desobedientes sean mujeres. En esta línea, Ana Ros Matturro, que investiga la transmisión de la memoria colectiva de las dictaduras del Cono Sur latinoamericano, en su artículo titulado *Uruguay: la desobediencia incipiente y a pesar de todo*, sugiere que el feminismo en sí mismo supone una desobediencia al patriarcado y un plantón ante el círculo vicioso de las violencias repetidas generación tras generación, desde el seno familiar hasta el sistema estatal y capitalista. Haber sido víctimas de violencia de género, abuso o acoso sexual, o simplemente la consciencia de vivir subordinadas en un sistema de patriarcal propicia la rebeldía partiendo de una comprensión y empatía mayores hacia otras víctimas. Esta condición de sometimiento y dominación heteropatriarcal también podría explicar que uno de los escasos varones en esta agrupación sea disidente sexual, lo que ahonda en la hipótesis, según la cual la herencia de la perpetración se matiza desde cuerpos que han sido sistemáticamente repudiados, estigmatizados y oprimidos por su género, color de piel, identidad u orientación sexual, constituyendo la interseccionalidad de las violencias y su lucha contra las mismas.

En su análisis sobre las posibilidades del activismo de descendientes de perpetradores uruguayos, Ros conecta el surgimiento de Historias Desobedientes con las luchas de los movimientos de víctimas y sus herederxs, los organismos pro-derechos humanos, los aportes desde el ámbito de la cultura y su presión sobre los gobiernos para el avance en políticas públicas de memoria y justicia transicional. Historias nace por tanto tras “una larga historia de construcción de la memoria colectiva”. Dos textos ensayísticos del colectivo funcionan como eje vertebrador de su artículo: el primer libro *Escritos Desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia* publicado por el colectivo en 2018 a modo de manifiesto, y el compilado de textos y testimonios de Verónica Estay Stange en *Desobediencia de vida. Familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*. El estudio además se desarrolla en torno a dos ideas propuestas por familiares de victimarios de las dictaduras argentina y chilena. María Laura Delgadillo, hija del policía y represor Jorge

Luis Delgadillo calificó la aparición del colectivo como “la peor derrota de los genocidas”, coincidiendo con el intento del gobierno de Macri por reducir condenas y liberar a numerosos genocidas. Por su parte, Verónica Estay Stange, hija de militantes de izquierda presos y exiliados en dictadura y sobrina de Miguel Estay Reyno, que fue colaborador de la DINA, afirma que “el número de desobedientes indica el grado de memoria de una sociedad”. A partir de aquí el artículo se centra en relatar la posibilidad de una expansión del movimiento de Historias Desobedientes a Uruguay a partir del relato vital y del posicionamiento ético y político de dos hijas de Armando Gutiérrez, militar, represor de la dictadura uruguaya. El interés del testimonio de Irma Gutiérrez, la hermana mayor, publicado en el libro de Verónica Estay Stange, titulado *Más viva que nunca* y que se creó en el contexto de un taller internacional organizado por la editora, radica en que representa, como indica Ros, un caso particular, que a su vez encarna muchas de las vivencias de lxs otrxs integrantes del grupo. Pese a que oficialmente el colectivo Historias Desobedientes en Uruguay cuenta con poco más de una decena de integrantes, celebramos que pocas semanas antes de la publicación del presente volumen, salía a la luz el primer monográfico dedicado a la filial uruguaya de la organización, *Desobedientes y recuperados. Dos caras de la herencia del terrorismo de Estado* del periodista e historiador Daniel Gatti.

Para cerrar, el historiador Jesús Izquierdo, especialista en memoria histórica democrática, se vale de la reflexión sobre la pugna de las memorias y narrativas de víctimas y victimarios. Para ello enfrenta el reciente homenaje escultórico a la figura del soldado legionario en la capital española y las intervenciones artivistas de las que ha sido objeto. En un estado en el que la dictadura y ninguno de sus victimarios rindió cuentas por sus crímenes, la manifestación artística del heredero ideológico del perpetrador reivindica una memoria que como alertaba Benjamin, justifica los horrores del pasado desde el relato del vencedor, ultrajando desde “el documento de barbarie” a las personas que fueron secuestradas, torturadas y asesinadas. El victimario busca la aceptación social de su pasado criminal desde la celebración colectiva de la victoria que según su relato se extiende a toda la población presente, convirtiéndola en cómplice a través de la desmemoria y la tergiversación de los hechos históricos. Por su parte las víctimas y sus herederxs y lxs artistas comprometidas con una cultura democrática y respetuosa con los derechos humanos, mediante la resignificación artística, desafían una narración oficial que no fue impugnada durante las más de cuatro décadas de democracia recuperada y reivindican recordar los crímenes y a sus víctimas, y hacer justicia. En este sentido, Izquierdo plantea el salto del colectivo Historias Desobedientes al estado español como un nuevo hito en los procesos de recuperación de la memoria histórica democrática, e incide en su capacidad creativa para exponer a la sociedad a otras memorias, a otros relatos, en los que se hacen visibles los victimarios, cuestionando y rompiendo ideas preconcebidas y falsos presupuestos sobre una pretendida España culturalmente homogénea. Entre las creadoras que reseña, destaca la autora de *Entre hienas*, Loreto Urraca, primera representante de

Historias Desobedientes en el estado español y nieta de Pedro Urraca Rendueles, responsable de las operaciones represivas de la dictadura franquista contra las autoridades republicanas en el exilio francés.

Este entramado de perspectivas supone un espacio de reflexión, discusión y profundización en los estudios de la memoria transgeneracional atravesada por el trauma y mediada por una plétora de artefactos culturales, y apela a la responsabilidad ética de los herederos de perpetradores, desde su afiliación con los colectivos de víctimas. Esperamos además que este monográfico inspire futuras investigaciones que profundicen en la temática incluyendo también otras obras de descendientes de perpetradores que no integran el colectivo Historias Desobedientes, que nacen más bien del deseo de saber, de conocer y entender las motivaciones del familiar victimario, de la inquietud y el trauma que generan esas preguntas, ausencias y silencios; obras realizadas y producidas por artistas y creadores que deciden indagar desde fuera en los procesos vitales de lxs desobedientes; encuentros restaurativos en torno a espacios de creación y lugares de memoria entre víctimas y victimarios en escenarios de posconflicto y otros usos del arte para la reparación en materia de justicia restaurativa. Por último, esperamos promover la acción artística, filosófica y política en pos de un mundo en el que se universalice la desobediencia y rebeldía contra toda herencia de violencia y perpetración, desde el colonialismo hasta los terrorismos de Estado.

The other post memory. Art for Truth, Justice, and Reparation from the Perspective of Descendants of Perpetrators

Violeta Alarcón Zayas and Luis Olano Ereña

The memories of people who suffered massive state violence have been hijacked. They are recovered through costly fragments of disconnected stories and confused memories, aimlessly navigating between amnesic and displaced witnesses, silent threats, ghosts of the disappeared, and orphaned documents. Talking about the memory places us in a constant dialogue between past and present, like a reflection in water or an echo that tells us who we are and want to be as humanity.

We live in a schizophrenic present in which the term “Nazi” has been trivialized and distorted, where apologists and perpetrators of mass genocide and torture resort to the language of human rights to victimize themselves. We witness with astonishment the return of political groups supporting dictatorial regimes. Genocides that go unpunished in their home countries are tried, with little success and much suffering on the part of victims and their families, in foreign countries in the name of transitional justice, while others who have already been convicted seek with increasing profit an exemption from their sentence. Thousands of missing remain buried in mass graves. In contrast, the perpetrators remain unaccountable to anyone, allowing their heirs to benefit from the fruits of expolio and extreme violence caused by those who were once civil and military authorities, officials, and soldiers from what are now called democratic states. The ethical dilemmas these events pose deepen the questions and wounds left open in our recent history.

More than two years have passed since we decided to coordinate this volume. Months after drafting the *call for papers*, the Israeli army began its most atrocious campaign of killing civilians and destroying hospitals, schools, libraries, universities, and roads against the Palestinian population in Gaza and the West Bank, spurred on by calls for the total extermination of its population by members of the government. As researchers, we felt it would be inconsistent not to refer to how these events challenge us on an emotional, moral, and intellectual level. While the state of Israel is being tried for genocide at the International Court of Justice, we witness with perplexity and helplessness how impunity and forgetfulness allow its crimes to continue with almost total international complicity. This is no longer a case of silenced violence, but violence that is visible from almost anywhere on the planet through the digital viralization of images of massacres and destruction, captured not only by the victims as a form of denunciation, but also by the perpetrators themselves, who

proudly display the dehumanized bodies of corpses and prisoners. As Rita Segato states, we are facing a change of era, as the power of death is displayed without shame. It seems as if the paradigm has changed forever. At the same time, the memory of the trauma of the Holocaust loses its universal character and is used for political purposes that justify new crimes against humanity. In this sense, Francesca Albanese, UN Special Rapporteur for the Occupied Palestinian Territories, warns that the Human Rights Charter is no longer valid. For the coordinators of this monograph, this situation makes it practically impossible to talk today about justice, truth, reparation, guarantees of non-repetition, human rights, international law, or measures to prevent genocide; all these topics will be repeated throughout the following pages.

It is also surprising to note how, as of October 7, 2023, the field of Holocaust studies, perpetrators, genocide, violence, and mass crimes has collapsed, with many authors, journals, and organizations showing themselves utterly incapable of developing a discourse coherent with their supposed mission and training in memory, trauma, international law, and human rights. The rightward shift of the field of memory affects not only the State of Israel but also its academic institutions. A quick search for the phrase “crisis in Holocaust and genocide studies” in the databases of the main publications in the field or the internationally prestigious digital press will shed sufficient light on this matter. Organizations, research centers, and memorial sites have been deprived of funding in Argentina. In the United States, entire universities have been persecuted, and scores of students and researchers have been detained and even deported for their participation in protests or statements against the ethnocide in Gaza. In Germany, public academic events have been canceled to censor all expressions by Palestinians, and people who support Palestine or criticize its war of annihilation in Gaza and its apartheid policy in the West Bank and East Jerusalem have been arrested. Many of these cancellations have targeted Jewish academics, as is the case with two voices we sought to invoke as a discursive framework for our proposed monograph: Marianne Hirsch and Michael Rothberg.

This infamous and devastating context reminds us of Adorno’s reflections on the paradox that arises between the incommensurability of the suffering of innocent victims in a planned plan of dehumanization and extermination, and the ethical duty implicit in art and literature to avoid oblivion. From this perspective, we sought to focus on a group of activists and/or artists’ voices who disassociate themselves from the legacies of their perpetrating relatives and join a social movement of profound political and ethical significance committed to the “never again.” This movement of descendants of perpetrators, which emerged in Argentina in 2017 and calls itself “Historias Desobedientes: Familiares de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia” (Disobedient Stories: Relatives of Genocidal Perpetrators for Memory, Truth, and Justice) is presented to us as an achievement of the struggles promoted by the victims and their heirs, memory activists, and human rights organizations. When we

considered publishing this monograph, we were moved to learn of the expansion of the Historias Desobedientes movement to the Spanish state (which had already spread to Chile, Uruguay, Paraguay, El Salvador, and Brazil), where the crimes of the dictatorship and the transition remain unpunished and, despite the recent approval of the Democratic Memory Law, there has been no reparation process for the victims in the absence of any transitional justice measures. The Disobedient Stories movement is one of a kind. Although there have been similar experiences by descendants of Nazis and members of the repressive apparatus of the Southern Cone dictatorships, and we have numerous literary and audiovisual examples that attest to this, until now there had been no common expression of the will of the heirs of perpetrators to organize themselves in defiance and transgression of the family mandate surrounding the “pacts of silence,” thus opening a “new cycle of memory.”

Initially, due to their relevance and importance in the fields of study in which we work, Marianne Hirsch's concepts of post memory and Michael Rothberg's concept of the implicated subject served as our framework and backbone. Although it was conceived to address the transgenerational transmission of trauma experienced by victims to a second generation, temporally distant from the crimes, through cultural products as varied as literature, press, film, television, family stories and albums, and private documents, we believed it was relevant to use the notion of post memory and extend it to the descendants of perpetrators. These new voices connect with the trauma of the victims, are ashamed of their family legacy, and feel a responsibility to respond in the public sphere to the crimes of their relatives to seek justice. However, it is worth revising this characterization in light of the criticism it has received. On the one hand, post memory has been questioned for being limited to direct intergenerational transmission within the family, when memories are not watertight and immutable compartments, but flexible and permeable narratives that are transmitted and constructed from complex networks of social narratives that are much broader than the family circle. The case at hand is an example of how the transmission of the family narrative from the perpetrators to their descendants is not enough to prevent the memory of horror and suffering from being transmitted and inherited by individuals from other generations who were not relatives of the victims and even by relatives of the perpetrators themselves. In addition, the inadequacy of Hirsch's concept has been observed in the opposition that it establishes between direct memory and mediated memory, since mediation is not exclusive to trauma. Still, every memory is nourished by many perspectives and is in permanent fluctuation. Even one based on a direct sensory experience is built based on other stories or images, and is always pierced by our present, other memories, and expectations, ours and others.

On the other hand, the questioning of the term “post memory” has been based primarily on determining whether its elaboration and development truly addresses a series of needs for conceptual precision in the field or, rather what Beatriz Sarlo has called “theoretical inflation,” perhaps motivated by the proliferation of memorial cultural artifacts. Given these concept limitations, we have chosen to refer to “the other post memory” to refer to descendants of perpetrators who participate in this proliferation of representations, discourses, public debates, and cultural products related to historical memory. Sebastiaan Faber has proposed the concepts of “filial memories” and “affiliative memories,” a distinction that we find appropriate given that the members of the *Historias Desobedientes* collective disaffiliate either through conscious activism and affiliation with associations of victims of the dictatorship and human rights organizations, or through the pull effect produced by the collective itself.

Hirsch asserts that multidirectional memories, or as she prefers to call them, connective or comparative memories, are becoming increasingly relevant in the field of memory studies. In this sense, she argues that some specialties in the field, as well as certain museums or places of memory, privilege cases of resistance, resilience, survival, international solidarity movements, joy, etc., and how this should prompt other disciplines, such as Holocaust studies, to seek alternative histories, decentralize revictimization in the present, and curb the exploitation of the remembrance of violent experiences. In this way, we could prevent a culture of commemoration, with the original aim of educating to avoid repeating the horror, from being sacralized and instrumentalized to justify policies of extermination under the pretext of “permanent security,” as is happening in Gaza. It should be borne in mind that many of these acts of violence are interconnected by larger structures: capitalist, imperialist, colonialist, patriarchal, and for this reason, we call for an ethic of comparative memory. We believe that, in the face of imminent major geopolitical changes, we are at a moment of great urgency to reflect and rethink cultural and educational policies around recent history, as well as the uses and meanings of places of memory, as Argentine historian Marisa González de Oleaga has warned us.

Perhaps the concept of the subject involved, as proposed by Michael Rothberg, is more appropriate for the matter. The concept of subject involved was mainly coined to address the agency of those intermediate figures between the role of spectators (*bystanders*) and perpetrators, that is, those who were not directly responsible for the crimes but accomplices, subordinates, or beneficiaries, as in the case of officials, propagandists, or collaborators. On the issue of the importance of multidirectional memories, Michael Rothberg in his text *From Warsaw to Gaza* addressed the complexity of the intersection and conflict of memories in the context of a population that simultaneously belongs to the post memory generation of the Holocaust, and at the same time is structurally involved in *apartheid* and *nakba*. On the other hand, the reference to involvement allows us to talk about the ethical background,

social and political and the subjective positioning of each of the descendants of victimizers who repudiate the acts of their relatives and try to make a fair use of their shame by transforming the reality with their testimony either in court, either by waving a banner at the demonstration or from the boards of a stage space. They are, therefore, ethically distanced from the spectators, and by disassociating themselves from their repressing relatives, they can hardly be considered as beneficiaries of the regimes they supported.

The creations of the protagonists of this monograph constitute a counter-memory, as they challenge the construction of the official narrative, as well as the familial mandate of silence, surely feeding into a long artistic tradition with a clear function of direct political action, as their works question, challenge, stir, and subvert. However, this remains an uncomfortable, complex, and controversial locus of enunciation. At a meeting held in a Madrid theater between members of *Historias Desobedientes* from Argentina and Chile and their first counterparts in Spain, Analia Kalinec told us how the first time they went public in 2017 with the collective's banner, with the slogan "*Historias Desobedientes: Daughters and Sons of Genocides for Memory, Truth, and Justice*," they were met with reluctance. They were asked if they were daughters of genocides, or if they were appropriated daughters, as is the case with stolen babies. Even today, they are still warned to spell the banner correctly "so that it is not misunderstood that they are children of genocides." This impulse to walk not only against the family mandate, but also against the social imaginary that does not conceive the presence of descendants of perpetrators on the side of human rights, is very significant. It is also the fact that this push has drawn many lessons from the feminist movement, without forgetting that the first time *Historias Desobedientes* became officially visible was during the "Ni Una Menos" march in repudiation of sexist violence.

We thus open a space to explore whether art, cinema, and literature are suitable tools for the immaterial reparation of victims of crimes against humanity, mass violence and genocide, and for contributing to the consolidation of diverse, just, and inclusive societies that provide sufficient guarantees that the crimes they experienced will never be repeated. Looking at the stories and creations analyzed, we could say that the long insistence of victims and descendants of victims has managed to mobilize rebellious thinking and creation, as characterized by Albert Camus. Rebellion implies responsibility from the moment it refuses to accept any unjust system and systemic violence due to the acceptance of kinship with all humanity. This notion of the universality of rights in the face of any authoritarianism forces rebels to side with the victims against the perpetrators, regardless of their origin or affiliation. From this rebellious perspective, art represents the capacity not only to condemn a system of domination, but also to create another world that does not yet exist; that is, to chart a just destiny toward which we must move. In this case, the possibility of ending the geopolitical structures that sustain the violation of fundamental freedoms and rights, along with crimes against humanity. From this perspective, where disobedience and rebellion

converge, art has the capacity to expose the artificiality of discourses that seek to essentialize the asymmetries, injustices, and political-social divisions that inscribe in our bodies the difference between those who are deserving of freedoms and rights, and those who are not. Art is deployed in defense of a world where universality is the ethical and moral basis for claiming the rights of the entire population, making any crime an affront to any person, regardless of their relationship with the victim or the perpetrator.

With these premises in mind, we have proposed to specifically investigate the fact that many members of the Historias Desobedientes collective have chosen artistic or literary creation as a mean of speaking out naming themselves as disobedient children, and subverting family legacies, to contribute to the collective construction of a narrative about state terrorism and the repressors of the dictatorships in Chile, Argentina, Uruguay, and Spain. The works analyzed range from autobiographical non-fiction films and self-referential fictional plays to immersive installations and artistic interventions on monuments and literary narratives.

It is worth noting that among the participants in this monograph, we have two active members of Historias Desobedientes. Firstly, in *First-person non-fiction cinema made by perpetrators: subjective involvement and ethical dilemmas in artistic creation*, Lissette Orozco, together with Ana Guglielmucci Oliva, reflects on the narrative and aesthetic decisions, as well as the personal and social impact of the autobiographical documentaries *El pacto de Adriana*, by Orozco herself, and *Bastardo. La herencia de un genocida* (The Legacy of a Genocidal Man), by Pepe Rovano. In both feature films, a third- or second-generation relative questions a family member about their past actions and their ethical implications in the present. Orozco and Rovano use videos and photos from the family archive to recall moments from childhood, absences, nostalgia, and silences. In *Bastardo*, the turning point comes when childhood images are used to provoke a response by showing them to the father. In *Adriana*, photographic images are treated in a fragmented, diffuse, and erratic manner, simulating memory's selective and random nature. Thus, photographs of family celebrations are mixed with images of Adriana as a repressive agent, highlighting the paradoxical and contradictory nature of affection and violence. Therefore, first-person non-fiction cinema becomes a tool for criticism and self-knowledge for those who inherit legacies of state terrorism. Another common element of these works is that they place us in the Chilean context by drawing connections with the public memories of the dictatorship. In Orozco's case, we witness a tribute to Pinochet at the Caupolicán Theater; in Rovano's case, the film begins with violent police repression during the social uprising. In this way, as spectators, we are aware of the threat of the possibility of the return of an authoritarian government in the face of the failure of guarantees of non-repetition.

Pepe Rovano, the other dissenting voice participating in this dossier, analyzes his immersive virtual and augmented reality works *Memorial Rocas XR*, *Dignidad 360°*, and *Espectrales*. In his article *Pluriversos de posmemoria. The Metaversal Works of Pepe Rovano*, he discusses the influence that the social uprising (Chile, 2019), which led to an explosion of urban activism, had on him as an artist, researcher, and activist. These movements conceive art as discursive devices for political change, where authorship is diluted in the collective entity, from the alliance of corpo-politics that Judith Butler advocates in *Allied Bodies and Political Struggle*, where individuality and identities are transcended by legitimate rights that challenge structures of systemic injustice and violence. In this context, Rovano describes the use of street art spaces as urban guerrilla headquarters, which he set out to portray in one of his art installations. This activist conception justifies the Chilean artist's choice of resources for his creations on the traumatic legacy of the Chilean dictatorship: 360 devices and other multiplatform virtual resources in the reconstructions of historical spaces and testimonies allow for a deep, almost corporeal sensory immersion on the part of the viewer-user. When you enter the torture chamber, you are no longer yourself, nor are you the person who was tortured; you experience the horror firsthand. You transcend the specific crime and become the embodiment of the universal violation of the rights of any person in your own body. This promotes empathy that transcends all kinds of temporal, epidermal, social, racial, gender, and other boundaries. Rovano also asks a series of questions: How does the son of a genocidal dictator in Latin America interpret, archive, and reconstruct memories? Because of his affiliation, does he have the legitimacy to speak about the recovery of the memory of the ominous events of his country's recent past?

Since the theatrical creation, Mariela Peller, a researcher specializing in memory and gender, talks about the responsibility and involvement of children and grandchildren in reconstructing the memory of a perpetrator with *Incómodas preguntas sobre el abuelo. Third generation, family and dictatorship in contemporary Argentine theatre*. In his study of the play *German Shepherd* (2022) by Franco Maurizi, Peller analyzes how second- and third-generation descendants investigate and discover, along with the audience, who the grandfather was, while actors play themselves, Grandfather, and other family members at different times. This is to unravel the inheritance of the grandfather, who was always shown as an artist, hiding that he was a police officer and dog trainer in the Independence Operation on Mount Tucumano during the dictatorship. Peller explains how grandchildren reflect on how memory and identity are affected and transformed through memories, silences, testimonies, photographs, and other documents. The work adopts a position of ethical-political responsibility towards the past, while investigating complex and dual areas of memory and identity, and the Manichean interpretations of the perpetrators.

Another important perspective to take into account in the phenomenon of disobedience is the feminist one. From here, Mariela Peller has addressed numerous publications on the issue of the daughters and former daughters of repressors who renounce the criminal acts committed by their fathers, introducing concepts such as “fair use of shame”, “spoilsport daughters”, and “impure memory”. Of particular relevance, as also shown in her analysis of the *German Shepherd*, is the predominance of the patriarchal line of power and the resulting internal violence in the families of oppressors, and how this largely affects and explains the fact that the majority of the members of the Historias Desobedientes collective are women. Along these lines, Ana Ros Matturro, who researches the transmission of collective memory of dictatorships in the Southern Cone of Latin America, suggests in her article entitled *Uruguay: Incipient Disobedience Despite Everything that feminism itself implies* disobedience to patriarchy and a stand against the vicious cycle of violence repeated generation after generation, from the family to the state and capitalist systems. Having been victims of gender violence, abuse, or sexual harassment, or simply the awareness of living subordinated in a patriarchal system, fosters rebellion based on greater understanding and empathy towards other victims. This condition of heteropatriarchal subjugation and domination could also explain why one of the few men in this group is a sexual dissident, which deepens the hypothesis according to which the legacy of perpetration is nuanced by bodies that have been systematically rejected, stigmatized, and oppressed because of their gender, skin color, identity, or sexual orientation, constituting the intersectionality of violence and the struggle against it.

In her analysis of the possibilities of activism among the descendants of Uruguayans perpetrators, Ros connects the emergence of Historias Desobedientes with the struggles of victims' movements and their heirs, human rights organizations, contributions from the cultural sphere, and their heirs, human rights organizations, the contributions from the sphere of culture and its pressure on governments for progress in public policies of memory and transitional justice. Stories are thus born after “a long history of collective memory construction”. Two essay texts of the collective work, the backbone of his article, the first book, *Disobedient Writings. Stories of daughters, sons, and family members of genocide for memory, truth, and justice* were published by the collective in 2018 as a manifesto, and the compilation of texts and testimonies of Veronica Estay Stange in *Disobedience of Life. Family members of genocide for memory, truth, and justice*. The study also revolves around two ideas proposed by relatives of perpetrators of the Argentine and Chilean dictatorships. María Laura Delgadillo, daughter of police officer and repressor Jorge Luis Delgadillo, described the emergence of the collective as “the worst defeat of the genocide perpetrators,” coinciding with the Macri administration's attempt to reduce sentences and free numerous perpetrators of genocide. Verónica Estay Stange, daughter of leftist activists imprisoned and exiled during the dictatorship and niece of Miguel Estay Reyno, who was a DINA collaborator, affirms that

"the number of disobedient individuals indicates the level of memory in a society." From this point on, the article focuses on describing the possibility of the Disobedient Stories movement expanding to Uruguay, based on the life stories and ethical and political positions of two daughters of Armando Gutiérrez, a military officer and repressor during the Uruguayan dictatorship. The interest in the testimony of Irma Gutiérrez, the eldest sister, published in Verónica Estay Stange's book, entitled *Más viva que nunca* (More Alive Than Ever), which was written in the context of an international workshop organized by the publisher, lies in the fact that it represents, as Ros points out, a particular case, which in turn embodies many of the experiences of the other members of the group. Although the Historias Desobedientes collective in Uruguay officially has little more than a dozen members, we celebrate the fact that just a few weeks before the publication of this volume, the first monograph dedicated to the organization's Uruguayan branch was published, *Desobedientes y recuperares: Dos caras de la herencia del aborto de Estado* (Disobedient and Recovered: Two Faces of the Legacy of State Terrorism), by journalist and historian Daniel Gatti.

To conclude, historian Jesús Izquierdo, a specialist in democratic historical memory, reflects on the content between the memories and narratives. To do so, he contrasts the recent cultural tribute to the tribute of the legionnaire soldier in the Spanish capital with the activist interventions to which it has been subjected. In a state where the dictatorship and none of its perpetrators have been held accountable for their crimes, the artistic expression of the perpetrator's ideological heir vindicates a memory that, as Benjamin warned, justifies the horrors of the past from the victor's perspective, insulting those who were kidnapped, tortured, and murdered with "the document of barbarism." The perpetrator seeks social acceptance of his criminal past through the collective celebration of victory, which, according to his account, extends to the entire population present, turning them into accomplices through forgetfulness and the distortion of historical facts. For their part, the victims and their heirs, along with artists committed to a democratic culture that respects human rights, are challenging the official narrative that went unchallenged during more than four decades of restored democracy. Through artistic reinterpretation, they demand that the crimes and their victims be remembered and that justice be served. In this sense, Izquierdo presents the leap of the Historias Desobedientes collective to the Spanish state as a new milestone in the processes of recovering democratic historical memory and emphasizes its creative capacity to expose society to other memories, other narratives, in which the perpetrators are made visible, questioning and breaking preconceived ideas and false assumptions about a supposedly culturally homogeneous Spain. Among the creators she reviews, she highlights the author of *Entre hienas*, Loreto Urraca, the first representative of Historias Desobedientes in Spain and granddaughter of Pedro Urraca Rendueles, who was responsible for the Franco dictatorship's repressive operations against Republican authorities in exile in France.

This framework of perspectives provides a space for reflection, discussion, and in-depth study of transgenerational memory marked by trauma and mediated by a plethora of cultural artifacts. It calls on the ethical responsibility of the heirs of perpetrators, based on their affiliation with victim groups. We also hope that this monograph will inspire future research that delves deeper into the subject, including other works by descendants of perpetrators who are not part of the *Historias Desobedientes* collective, but rather arise from a desire to know, to understand the motivations of the perpetrator family member, and from the unease and trauma generated by these questions, absences, and silences; works created and produced by artists and creators who decide to investigate the life processes of the disobedient from the outside; restorative encounters around spaces of creation and places of memory between victims and perpetrators in post-conflict scenarios; and other uses of art for reparation in the field of restorative justice. Finally, we hope to promote artistic, philosophical, and political action in pursuit of a world in which disobedience and rebellion against all legacies of violence and perpetration, from colonialism to state terrorism, become universal.



Imagen: Cristina Pilligua